

Quadernos del Sur

Año 16 - Nº 30

Julio del 2000

Tierra  del Fuego

Del XX al XXI

Transiciones de un siglo a otro



¿Cómo construir un análisis que nos permita reflexionar políticamente sobre la transición de un siglo a otro?. ¿Qué experiencias sociales se configuraron en este “siglo corto” que está concluyendo?. ¿Qué consideraciones podemos hacer de los conflictos y las luchas que conformaron ese período?.

Remitirse a un intento de estas características implica asumir las incertidumbres y la complejidad de los procesos histórico-sociales. En este sentido, el compromiso político se constituye en una cuestión central del análisis, en tanto confrontación ideológico-discursiva por la instauración de los valores que componen una hegemonía cultural. No se trata de realizar un balance desde la tranquilidad que ofrece la pasividad contemplativa, ni de lograr de manera inmediata una síntesis abarcativa de los aspectos

más salientes de una etapa histórica, ni tampoco de obtener la mera objetividad de los acontecimientos del pasado.

Por el contrario, los artículos que integran este dossier se inscriben en un debate abierto, en el esfuerzo intelectual por aproximarse a una trama histórica en transformación, en cuyos trazos se compone nuestro presente, presente siempre historizado.

Pensar la conflictividad de lo social en el imaginario de una “transición” histórico-temporal, en lo que se instituye como pasaje del siglo XX al XXI, adquiere relevancia si nos permite articular conceptualmente las problemáticas centrales de la actual situación política. Sin embargo, abordar estos temas desde la perspectiva de la lucha de clases, desde una intervención socialista, significa concebir este debate como praxis transformadora: negación dialéctica que revierte las consideraciones fragmentadas, aisladas o simplificadas

en las coyunturas, abriendo un espacio de totalización reflexiva que sin eliminar o someter la diversidad de las ideas, cuestione la hegemonía discursiva del sentido común masificado.

En los artículos publicados se despliegan diversas temáticas: los límites políticos de la democracia representativa y las nuevas formas de coacción represiva que se implementan desde el Estado; las subjetividades establecidas a través de las prácticas políticas - discursivas; los vínculos entre marxismo, socialismo y democracia...

Estos contenidos hacen mención a una radicalidad constituyente de sentido, a un proceso de subjetivación historizada que nos remite a una

permanente confrontación ideológica, tanto con el posibilismo político, restringido en los límites de la "racionalidad" unívoca de los hechos; como así también, con el imaginario reduccionista de una democracia funcional a la reestructuración capitalista.

El desafío es instaurar esta problemática, abrir la dimensión siempre inconclusa de la hegemonía político-cultural como forma de articular el vínculo dialéctico interpretación-transformación: interpretar para transformar radicalmente las relaciones entre los hombres, en la perspectiva de construir un socialismo democrático.

Desde estas páginas *Cuadernos del Sur* asume y busca aportar a este compromiso.

Rubén Lozano

El siglo bárbaro

Repensar el socialismo significa dejar atrás todas las mitologías del progreso y de la visión teleológica de la historia, apostando a una utopía posible y concreta que justifica nuestras luchas.

Enzo Traverso

La Primera Guerra Mundial es fundacional para el siglo XX. Es en esta guerra total que se deben buscar las raíces del exterminio industrial, de la muerte anónima de masas, de la remodelación autoritaria de las sociedades europeas en el período entre-guerras. Es en esa crisis global –económica, social, política y moral– del viejo mundo salido de este conflicto que comienza una brutalización de la vida política, de la cual el fascismo será su realización extrema. En el contexto de guerras civiles y sublevaciones obreras que sacudieron a una gran parte del continente entre 1918 y 1923 –de Rusia a Alemania, de Hungría a Italia– el fascismo gana forma como un fenómeno típicamente contrarrevolucionario, antidemocrático y antiobrero. Desde este punto de vista es heredero de la contrarrevolución que acompañó el “largo” siglo XIX, de la coalición antifrancesa de 1793 a las masacres de junio de 1848 y de la Comuna de París.

Los demagogos

Pero la contrarrevolución del siglo XX no es ni conservadora ni puramente “reaccionaria”, ella pretende ser una “revolución contra la revolución”. Los fascistas no miran el pasado, ellos quieren construir un mundo nuevo. Sus líderes no emergieron de las antiguas élites –con las cuales llegan a un acuerdo y a formas de colaboración solamente en el momento de la toma del poder– sino de los restos sociales de un mundo desestructurado. Son demagogos nacionalistas que reniegan de la izquierda, como Mussolini, o plebeyos como Hitler, que descubrieron su talento como “conductores de masas” en el clima de la derrota alemana. Ellos se dirigen a las masas, que ellos movilizan en torno de mitos regresivos (la nación, la raza, la “comunidad guerrera”) y de promesas escatológicas (el “Reich milenario”).

El fascismo resulta una ideología antihumanista que encuentra sus filósofos y sus estetas, de Gentile a

Schmitt, de Jünger a Céline. El resultado sobre todo en una política que desata, con toda su fuerza destructora, en oportunidad del segundo conflicto mundial, donde anticomunismo, imperialismo conquistador y racismo se vuelven completamente indisociables (entre 1941 y 1945, la aniquilación de la URSS, la conquista del “espacio vital” y la destrucción de los judíos convergerían en un solo objetivo).

Una barbarie moderna

Nuestra comprensión del siglo XX debería partir entonces de esta constatación: el fascismo no fue producto de una caída de la civilización en una salvajada ancestral. Sus violencias revelan principalmente la emergencia de una barbarie moderna, alimentada por ideologías que se reclamaban de la ciencia y eran efectivizadas gracias a los medios técnicos más avanzados. Una barbarie simplemente inconcebible fuera de las estructuras constitutivas de la civilización moderna: la industria, la técnica, la división del trabajo, la administración burocrática racional. La barbarie moderna del fascismo encontrará su síntesis en el exterminio “racional” e industrial de seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial: Auschwitz cambió nuestra imagen del mundo

y de la civilización. La humanidad no salió inmune, de la misma forma que el marxismo.

Esta simple constatación nos está indicando que la alternativa planteada por Rosa Luxemburg en las vísperas de la Primera Guerra Mundial – socialismo o barbarie – debe ser hoy radicalmente reformulada. De un lado, el siglo XX demostró que la barbarie no es un peligro amenazando el futuro, sino que es un trazo dominante de nuestra época; ella no solamente es posible, está intrínsecamente ligada a nuestra civilización.

Totalitarismos

De otro lado, el siglo XX levantó un cuestionamiento mayor en cuanto al diagnóstico de Marx sobre el papel del proletariado (en el sentido más amplio) en cuanto sujeto histórico de un proceso de liberación de toda la humanidad. Es cierto que ni las guerras ni los totalitarismos, con su cortejo de violencia y de masacres, ni la experiencia trágica del estalinismo eliminaron la lucha de clases ni los combates emancipadores, que incluso conocieron una ampliación a una escala inimaginable antes de 1914. Pero si el diagnóstico de Marx no fue rechazado, su viabilidad permanece aún por ser demostrada.

Los totalitarismos -el fascismo o el estalinismo- se revelaron como fases posibles de nuestra civilización, el socialismo en contrapartida, permanece como una utopía. Una utopía “concreta”, según la definición de Ernst Bloch, pero ciertamente no una batalla ganada de antemano, ineluctablemente inscripta en la “marcha de la historia” y “científicamente asegurada por la fuerza de sus “leyes.” Nuestro combate se carga de un sentimiento agudo de derrotas sufridas, de catástrofes siempre posibles, y ese sentimiento se convierte en el verdadero hilo rojo que va tejiendo la continuidad de la historia, como historia de los oprimidos. Es que la historia de este siglo bárbaro está hecha de millones de víctimas, que permanecen frecuentemente sin nombre y sin rostro.

Emancipación

Reconstruir la parte de la memoria contenida en nuestro combate implica también un corolario: la democracia no es una simple norma procedural sino una conquista histórica, lo que quiere decir que el antifascismo es indispensable para preservar, en el siglo que se abre, un horizonte

emancipador. Una democracia “no antifascista” -como aquella defendida por Francois Fouret en su última apología liberal, *El pasado de una ilusión*- sería un bien frágil, un lujo que la Europa, que conoció bien a Hitler, a Mussolini y a Franco, no se puede permitir.

Hoy, rehabilitado por los defensores del orden existente como el horizonte insuperable de nuestra época, el liberalismo está lejos de ser históricamente inocente. Fue la crisis del orden liberal tradicional -basado en las masacres coloniales y en la exclusión de las masas trabajadoras- que, al final de la Primera Guerra Mundial, engendró los fascismos; las antiguas élites liberales se rindieron a Mussolini en 1922, a Hitler en 1933, a Franco tres años más tarde, a través de una política de no intervención que se volvió política de capitulación en Munich, en 1938. Es el neoliberalismo que prepara ahora los totalitarismos de mercado y los regímenes “globalitarios” de mañana.

Pensar el socialismo después de Auschwitz, de Kolyma y de Hiroshima significa dejar atrás toda mitología del progreso y toda



visión teleológica de la Historia. Su necesidad social, económica y moral, no significa por lo tanto, de forma alguna, su ineluctabilidad. El socialismo permanece como una virtualidad del presente, una utopía concreta y posible, una apuesta racional que fundamenta y justifica nuestras luchas. Un planeta desfigurado por la reificación mercantil constituye hoy nuestro futuro programado,

pero nada impide que ese futuro sea cuestionado, desprogramado, o radicalmente modificado por nuestras resistencias, por nuestras luchas y nuestras revueltas. En este prisma de posibilidades reside la dialéctica que aproxima la catástrofe a la liberación.

Traducción del portugués:
Eduardo Lucita

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Ediciones FISyP Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas